

nte, y en el
ca un ramo
puesta muy
l de ilusion.
con un vo.

1210

EL CORREO
720.

dimos la
apresura-

ma nueva
ja y haba-
le pájaros

o.—Es un
r delante
de encaje
y plumas

de paja
or habana
nca y ha-

ros-grain
de claro y
nado con
cas.

tro negro,
ne se pro-
onga por
tras, ter-
minada en
eco, la-
os de fa-
a ó ter-
ciopelo
negro y
os rosas
álidas.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.

Es de junco barni-
zado, forrada de se-
da, lana ó percalina
inglesa de color, li-
geramente onateada
y sobre este traspas-
ante se dispone el
adorno de crochet
que muestra el nú-
mero 14, y solo apun-
tado para poder qui-
tarle y lavarle sin
descomponer la ca-
nastilla: una ruche
de la misma tela que
el forro, y de 4 cents.
de ancho, orilla el
fondo y borde de la
canastilla, y el dibu-
jo de crochet que ori-
lla los dos bordes de
la trencilla y el cala-
do de picos, es todo
tan conocido en el
género de crochet,
que no creemos ne-
cesaria una detailla-
da explicacion. La
canastilla tiene por
su base 32 cents. de
largo por 22 de an-
cho, y es más abier-
ta por arriba.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 14. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Abril 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Cuello y corbata de encaje.—Prendido para sociedad.—Adorno para manga.—Mangas de moda para vestidos.—Corbatas de novedad.—Delantales con lazos rizados y puntillas.—Dibujos para alfombra.—Canastilla elegante.—Bordado gobelino sobre reps: labor de novedad.—Cuadros, puntillas y entredoses de crochet y trencilla.—Fondo de crochet de horquilla en dos colores.—Cuadro de crochet para colcha.—Cenefas, fondo y puntillas bordadas en tul.—Cabás

berdado.—Tapete para juego. Pintura silueta.—LITERATURA: La Redencion, por María del Pilar Si-
nués.—La muerte de Jesús, poesia, por Emilia Calé Torres de Quintero.—La cumbre de Redencion, poesia,
por Venustiano R. Hubert.—¡Al tren, viajeros! por Félix Maria Urcullú.—Filadelfia.—El puente Mayor de
Valladolid, por Eduarda Feijó y Mendoza de Martinez.—Revista semanal, por D. Alberto Diaz de la Quintana.—Correspondencia.—Economía doméstica.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 6 A 10. TAPICERÍA EN REPS.

Punto gobelino.

El bordado que presentan estos números, es un punto de pasado de raya á raya del reps, cuyo trabajo presentan enteramente claro en su ejecucion los núms. 6 á 10. Los núms. 7 y 8 presentan la puntada por el derecho y por el revés, y el núm. 10 ofrece parte de la cenefa concluida. Como se comprende desde luego, pueden reproducirse por este sistema todos los dibujos de tapicería, sobre todo los dibujos claros para que destaquen sobre el fondo liso del reps, pero lo general son cenefas como la que presenta el núm. 1, que se colocan orillando las cortinas y en el centro de los sillones.

2. FONDO Y CENEFA PARA ALFOMBRA.

Tapicería de cruz.

Es muy fácil por el ángulo que presenta nuestro dibujo, continuar las cenefas y el fondo del tapete, que podrá tener las dimensiones que se quieran. Para una alfombra grande de altar, puede repartirse el bordado entre dos ó tres personas, y unirle luego empalmando bien el dibujo: para una labor grande sería preferible la cruz prolongada á la cruz comun, que haría resaltar doblemente la labor, y daría más tamaño á la alfombra.

3 Y 13. CANASTILLA.

Es de junco barnizado, forrada de seda, lana ó percalina inglesa de color, ligeramente onateada y sobre este traspasante se dispone el adorno de crochet que muestra el número 14, y solo apuntado para poder quitarle y lavarle sin descomponer la canastilla: una ruche de la misma tela que el forro, y de 4 cents. de ancho, orilla el fondo y borde de la canastilla, y el dibujo de crochet que orilla los dos bordes de la trencilla y el calado de picos, es todo tan conocido en el género de crochet, que no creemos necesaria una detallada explicacion. La canastilla tiene por su base 32 cents. de largo por 22 de ancho, y es más abierta por arriba.

4 Y 5. DELANTALES.

Empléase para estos delantales nanzouk ó seda, y se cortan, como ya hemos indicado para otros, de un solo ancho de la tela con nesgas.

El núm. 4 y el núm. 21 que muestra la cenefa, presentan un delantal de nanzouk ó brillantina con peto unido por una cintura, sujeta con cintas de lo mismo, que tienen 55 cents. de largo por 3 de ancho, ensanchando ligeramente á la punta: así como el delantal, llevan al borde la cenefa hecha de estrellas de cinta unidas por cadenas de crochet, dando alguna elasticidad al crochet de la vuelta exterior y apretando el interior para que siente la cenefa sin frunce ninguno: sería conveniente para los án-



1. Cenefa punto gobelino para tapicerías. (Véanse los núms. 6 y 10).

gulos del peto disponer este sobre un carton y armar en él la cenefa que muestra el núm. 21.

El núm. 5 se hace en batista blanca ó cruda, tiene 40 centímetros de largo, y el plegado, ancho, orillado de puntilla, completa su largo, fijando este plegado un entredós rico y una cabeza plegada: el peto tiene 7 cents. de altura, su ancho es de 11 cents. por arriba y 8 por el talle, y los tirantes los forma un entredós con plegado alrededor: un biés estrecho une el peto al delantal y las cintas son como las explicadas para el núm. 4. Los bolsillos, que llevan el mismo adorno, tienen 9 cents. de ancho y van cortados en biés por abajo.

11, 12 Y 20. ENTREDOSOS EN TUL PARA CORBATA.

Sobre tul de agujero grueso y color moreno, se bordan con hilo y seda ó hilo y perfiles de oro, diferentes dibujos para corbata, y estos dos modelos muestran perfectamente el bordado con hilo y con seda combinados. La corbata la ofrece armada el núm. 30.

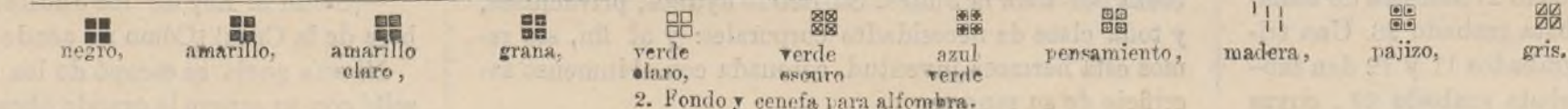
14 Y 15. CROCHET DE HORQUILLA.

(Corresponde á la redecilla publicada en el número anterior).

Esta labor quedó casi explicada en el número anterior, y aquí se presentan las tiras de tamaño natural para mayor claridad: una randa de horquilla está hecha con hilos y la otra con torzal pensamiento, poniendo las ondas de la orilla, hechas de crochet comun, del color contrario, y uniendo las randas por este feston. Para el resto de la redecilla remitimos á nuestras lectoras al número citado.

16 Y 17. ENCAJE DE CINTA Y CROCHET.

Estos adornos, que son de mucha resistencia, se destinan á ropa de cama, enaguas de diario, etc. La base de ambos dibujos es una trencilla de picos combinada con cuadritos de cinta de hilo y algunos puntos de crochet para la union de las diferentes piezas. El primero es un entredós para sábanas ó enaguas, y el segundo un cuadro que, reproducido, puede formar edredones ó antimacasares.



2. Fondo y cenefa para alfombra.

20. PUNTILLA DE CROCHET PARA ROPA DE CAMA.

Ejecútase á lo ancho de la manera siguiente:

Se hacen 27 puntos; una barra en el que hace 22, 7 barras separadas por dos puntos; entre la primera y la segunda 4 puntos dobles, 3 de cadeneta, 3 barras, 5 de cadeneta, 3 barras, y entre cada una de las barras se hacen, como indica el dibujo, 3 barras, 5 puntos de cadeneta, 3 barras. Para formar la punta ó feston se repite tres veces lo siguiente: 8 puntos de cadeneta, con los que se forma una anilla, y en ella 7 puntos dobles, repitiendo tres de estas anillas y continuando luego el segundo lado del dibujo como el primero. La vista del dibujo ayudará mucho á la ejecucion.

22. CUADRO DE CROCHET PARA COLCHA.

A excepcion de la vuelta de barras que lleva comoenefa, este cuadro es enteramente mate, y se principia por el centro con 8 puntos en círculo, sobre los cuales se repite 4 veces lo siguiente: 3 puntos dobles, uno de cadeneta, uno doble en el que sigue. Cada grupo de 3 puntos dobles, forma la base de cada centro del cuadro y el de cadeneta los ángulos, que además van adornados por una doble hoja que abraza cuatro vueltas de crochet, quedando de realce, y se ejecuta con 2 barras triples en el cuarto punto ántes y despues de cada ángulo. En la décima vuelta comienza el punto de piqué en el centro de cada lado, empezando por un punto y aumentando siempre otro á cada lado en las vueltas sucesivas. Cuando se han hecho entre todas 20 vueltas, se ejecutan 2 vueltas lisas, otra de barras separadas entre sí por 2 puntos lisos y otras 2 lisas. Estos cuadros pueden formar combinacion con otros calados del mismo tamaño.

23 Y 24. CUELLO Y CORBATA DE ENCAJE.

El grabado 23 muestra de tamaño natural la puntilla que circuye el cuello y el bordado de la punta de la corbata, cuyo bordado se ejecuta sobre tul con aplicaciones de trencilla lisa y de medallones y calados.

El cuello, alto, consiste en un puño de algunos centímetros de ancho, rodeado por ámbos lados de la puntilla fruncida, rizada ó plegada á tablas; una cinta que cubre el puño oculta la union de las dos puntillas, y prolongándose por delante forma un gran lazo de caidas. La punta de la corbata, grabado 23, es un triángulo realzado con el bordado por una sola orilla. Se le pliega de modo que forme medio abanico, y se cose á un lado, debajo del lazo. Este cuello produce un efecto precioso con un cuerpo alto.

25. PRENDIDO PARA SOCIEDAD.

Se sostiene en el centro de delante este gracioso prendido con una tira triple de tul de armar, de 3 á 4 cents., que termina en puntas de 40 cents. de largo. Esta tira va cubierta con una ancha cinta de plata, terciopelo y una barba de encaje de alençon ó chantilly, formando lazadas mezcladas con cintas y cayendo flotante por ámbos lados. Cada lazada de cinta requiere de 5 á 7 cents., y se hace bastante larga para que todo el ancho de la cinta se vea. Se puede cerrar el prendido cosiendo el lazo, pero es mejor anudarlo, para lo cual se tiene que dejar á cada lado cerca de un metro de cinta de plata.

26. CABÁS BORDADO SOBRE CAÑAMAZO JAVA.

Cada uno de sus costados mide 30 cents. de largo por 25 de altura, y se compone de tiras de cañamazo Java, de 6 cents. de ancho, separadas por bullonados de seda de color. El dibujo de las tiras representa campanillas y capullos de rosa bordados con seda argelina ó lana dulce, á la cruz, como los modelos 18 y 19 del presente número. Para montar la labor, se necesitan dos hojas de carton, cortadas segun las medidas indicadas más arriba, y forradas de percal de color por un lado, disponiéndose sobre el otro las tiras y los bullonados. Una tira de carton de 8 cents. de ancho sirve igualmente de sosten y base al fondo; los costados son de tafetan bullonado. Una ruche escarolada de cinta estrecha (2 ó 3 cents. de ancho), oculta todas las costuras y adorna la parte superior é inferior, y las asas de cañamazo Java, puesta en dos hileras.

27 Á 29. CORBATAS DE TUL.

Las que están más en moda hoy son de tul griego negro, crema ó cualquiera otro color claro, bordados á zurzido, con seda plata del color del tul, ó blanca para el tul blanco ó de color, realzando el bordado con algunos puntos de hilillo de oro ó plata. El grabado 27 muestra de tamaño natural una punta de la corbata grabado 28. Una triple hebra orilla los picos. Los grabados 11 y 12 dan modelos para el dibujo de la corbata grabado 29, cuyas

orillas están bordadas á punto gobelino con seda é hilo de oro. Tambien se hacen corbatas de tul de seda, que se bordan con seda muy fina, y el dobladillo del borde es de la misma corbata, en vez de estar figurado como en nuestros modelos.

30. ADORNO PARA MANGA.

Se hace de cinta de reps, y mide 9 cents. de altura por 32 de largo, ligeramente redondeada en los ángulos, y formando en el centro 8 ó 9 tablas, que se fijan con un doble pespunte, lo que reduce el largo á 19 cents. Se la guarnece con una puntilla fruncida de 3 ó 4 cents. de altura y se adorna con un lazo de cinta de faya ó reps. Cierra con un boton doble.

31 Y 32. MANGAS PARA VESTIDO.

Pueden hacerse de dos telas distintas ó de una sola. La que lleva el plegado de seda es más elegante, pues no sujetándola del borde, forma un escarolado muy gracioso alrededor de la mano. Los lazos deben ser correspondientes al color del vestido.

33. TAPETE PARA JUEGO.—Pintura silueta.

Todas nuestras lectoras conocen estos tapetes de juego, de planchitas de madera, pegadas sobre paño fieltro, y que se arrojan tan perfectamente como si fueran de carton. A la decoracion de este tapete, pueden aplicar los conocimientos ya adquiridos en la pintura silueta, y cuya explicacion detallada hemos dado tantas veces. Las hojas de vid virgen, dispuestas en corona, se terminan despues á la pluma. Los racimos de frutas de los bosques se recortan en papel, que se pega muy ligeramente, y por último, cuando el trabajo está concluido, se le da una mano de barniz copal que lo preserve del polvo y el contacto.

Nuestro modelo mide 48 cents. de largo por 34 de altura.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA REDENCION.

Entonces les dijo:—*Mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo.*

Y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, y oró en estos terminos:

—*¡Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz! ¡mas no se haga como yo quiero, sino segun tu voluntad!*

(PASION DE JESÚS).

I.

De la cruz sagrada que se elevó en el Gólgota, ostentando por bandera de la fé, el cuerpo herido y maltratado de Cristo, brotó la sublime y hermosa religion cristiana.

Antes de que Dios nos enviase á su hijo, para enseñarnos el camino del cielo, la humanidad gemía desolada, sin un puerto donde acogerse en el mar de sus pasiones.

La idolatría, la impiedad, la disolucion, tenían minado el mundo, que amenazaba hundirse, trasfigurándose en horrible caos.

Pero Dios nos tendió su mano salvadora, y nos envió al dulce, amante y pacientísimo Jesús para que redimiese nuestra esclavitud, para que lavase con su inocente sangre las culpas del género humano.

Su vida nos ofrece sublimes ejemplos para todos los estados de la nuestra; pero ejemplos tan bellos, poéticos y elevados, que ninguna de las acciones de los hombres pueden compararse.

Contemplemos á Jesús en su infancia, y tendremos una idea de lo más amable que puede ser la niñez.

Mirémosle en la adolescencia, y hallaremos la encarnacion del amor más sublime; de ese amor que se apoya en la caridad, y cuyo lema es: *Amemos al prógimo, como á nosotros mismos.*

Veámosle en la juventud idealizando á ser mejor el amor acendrado y bienhechor á los hombres: enseñándonos las santas doctrinas que han de conquistarles la salvacion eterna: peregrinando por ellos con la mayor pobreza por toda la Judea. Sufriendo ayunos, privaciones, y toda clase de necesidades corporales: y al fin, sin remos esta hermosa juventud, coronada con el inmenso sacrificio de su muerte.

Jesucristo es la personificacion de ese amor mártir de su propia grandeza, que busca siempre anhelante elegoismo humano, lamentándose incesantemente de no poderle vislumbrar siquiera.

Porque los mortales medimos siempre el amor por los sacrificios que nos hace, y nos parece el mejor aquel que con más silenciosa abnegacion se inmola, solo el amor heroico seria el que profundamente agradeciéramos, y aunque muchas veces creemos amar, el tiempo llega muy pronto á desengañarnos, y la última impresion eclipsa á todas las demás que la han precedido.

Y sin embargo, apenas pensamos alguna vez en el amor inmenso de que tan sublime prueba nos dió nuestro Salvador.

Apénas se conmueve el corazon al verle clavado en la cruz, al representarse los tormentos que precedieron á su muerte: porque si una sola vez se conmoviese profundamente, jamás nos haríamos ya reos de las culpas de ingratitude en que incesantemente incurrimos.

II.

Vosotros todos los que haceis alarde del hastío, que aparentado, ó realmente sentido, ostentais como una enfermedad terrible, volved la vista al sagrado drama del Calvario, y hallareis acaso una sensacion de ternura que anime vuestras almas heladas y descreidas.

Vosotros, que segun pensais habeis descubierto todos los arcanos de la ciencia, y que habeis resuelto todos sus problemas, explicad ese misterio de amor y abnegacion que el Redentor del mundo os ofrece.

Vosotros, séres gastados y escépticos, que todo lo negais, que cerrais vuestra alma al dulce calor de la fé, y los ojos para no ver las verdes y floridas campiñas de la esperanza, seguid paso á paso el martirio de Jesús, y tal vez vuestros ojos secos se refresquen con algunas lágrimas.

Y vosotros, vosotros sobre todo, desheredados de los bienes de la tierra, desventurados que soportais una vida llena de dolor y de privaciones: vosotros que habeis enterrado en una tumba solitaria, todos los amores, todas las esperanzas de vuestro corazon; vosotros que lamentais pesares sin remedio, buscad un consuelo, ó á lo menos un lenitivo á vuestro dolor, meditando en la amarga pasion del Hijo de Dios.

No pensamos en su amor inmenso porque nos falta la fé; alcemos pues el alma á esa celeste mensajera, y meditemos en la pasion de Jesús en estos dias en que la Iglesia se cubre de luto.

Lloremos lágrimas amargas, imaginándonos al Salvador del mundo, sufriendo los bárbaros azotes de la columna. Sigámosle palpitantes en su doloroso camino hasta la cumbre del Gólgota, y lloremos ante la angustia de aquel hijo que, al ver la de su madre, se siente morir mil veces bajo el peso de la Cruz!

¡Oh, Madres, vosotras que amais á vuestros hijos, y que sentís todos sus dolores más que los vuestros, pensad en la cruel tortura que sufrió la Madre de nuestro Redentor! Vedla andar tras él, contemplando con ojos desencajados aquella forma ensangrentada y medio desnuda, aquel rostro cubierto de helado sudor y de copiosa sangre, que no puede enjugar la encadenada mano del mártir sublime: vedla, escuchando cómo clavan en la cruz aquel cuerpo tan amado! ¡Vedla despues de enarbolada aquella, como bandera de paz y salvacion, vedla sentada al pie del madero, temblorosa, pálida, y alumbrada solo por la luz de las estrellas!

III.

La santa Virgen esperaba á la muerte como el único alivio á su inmenso dolor. Mas el Redentor, al ver el semblante de su Madre oscurecido en las sombras de la agonía, se volvió á mirar á Juan, su discípulo más querido. La fisonomía del Apóstol copiaba fielmente todos los dolores de María, y Jesús, dirigiéndose á él, le dijo:

—*Hombre, aquí tienes á tu Madre.*

Y volviéndose á María, añadió:

—*Mujer, hé aquí á tu hijo.*

De este modo enlazó Jesús aquellas dos existencias, que aisladas, debían extinguirse muy pronto.

De este modo nos significó que María seria para siempre nuestra Madre, pues su Apóstol era el símbolo del género humano.

Volvió despues sus abatidos ojos hácia el Oriente, que esperaba la luz hacia tanto tiempo, y su cuerpo santo, clavado en el madero, fué como un estandarte á la vista de las naciones infieles.

Entonces el pueblo maldito dió un ronco y prolongado rugido de alegría, y gritó de esta manera:

—*¡Salud al Rey de los Judios! ¡Si eres hijo de Dios, baja de la Cruz! ¡Cómo no acude tu padre en tu auxilio!*

Ni una queja se escapó de los dulces lábios de Jesús: selló con su sangre la grande obra de nuestra Redencion



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel 2.^a, II. Madrid.

imploró de s
Luego exha
La tierra se
con una nub
muertos se le
salen.
Los demon
ero humano

Desde aqu
de libertad
mundo, y fu
gloria.
No hagamo
ficio de Crist
cerremos los
nos conquiste
has de nuest
de la amarg
que llevó á
mirnos!

Se
El bra
Rasga
Y hor
Deja
En el
Espira
Etern

Lugo, 187

L

¡Qu
Conn
Y am
Hund
Entre
Vello
Que
Elabo
El so
El di
El ej
Y te
Volv
A m

Y en

Estie
Escú

Esp

M
Y la
¡Por
Hos
¡Por
Cua
Que
Y m
¡Ser
El I
Va
Que
¡Es
O e

¡Si!

Elé
Y a

Esp

A
Y c
El

Imploró de su Eterno Padre el perdón de sus verdugos.
Luego exhaló un grito, y espiró.
La tierra se cubrió de sombras: el sol pareció velarse
con una nube de sangre: partiéronse las piedras: los
muertos se levantaron de los sepulcros y entraron en Je-
rusalen.
Los demonios lanzaron rugidos de dolor, porque el gé-
nero humano estaba salvo por el sacrificio del cordero.

IV.

Desde aquel día nos ampara la Cruz, emblema santo
de libertad y de fé. El Evangelio se extendió por el
mundo, y fuimos hechos hijos de Dios y herederos de su
gloria.

No hagamos inútil con nuestras culpas, el cruel sacri-
ficio de Cristo. Abriguémonos al estandarte de la fé. No
cerremos los ojos á la luz que con tan amargo martirio
nos conquistó el Hijo de Dios; y en las más duras prue-
bas de nuestra vida, busquemos fortaleza en el recuerdo
de la amarga Pasión, del cruento sacrificio que sufrió,
que llevó á cabo nuestro amoroso Salvador para redi-
mirnos!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

LA MUERTE DE JESÚS.

Se oscurece del sol la lumbré pura,
El bramido del mar suena iracundo,
Rasga el templo su sacra vestidura,
Y horrible cataclismo envuelve al mundo.
Deja el muerto su negra sepultura,
En el Calvario nace árbol fecundo;
Espira el Hombre-Dios, y brota en tanto
Eterna luz en el madero santo.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo, 1876.

LA CUMBRE DE REDENCION.

«... Et terra mota est.»
S. MAT.

«Consumatum est.»
S. JOANES.

¿Qué día es hoy?—Medroso cataclismo
Conmueve al universo en su cimiento,
Y amenaza en el antro del abismo
Hundirse desplomado el firmamento.
Entre la espesa bruma
Vellones mil levántanse de espuma
Que el mar embravecido
Elabora entre horrisono rugido;
El sol su luz apaga;
El día se oscurece;
El eje de la tierra se estremece,
Y tempestad universal amaga
Volver al caos, entre denso velo,
A mar y firmamento, tierra y cielo.

Y en tanto que el cielo, y el mar y la tierra,
El grito de guerra
Estienden con hórrido, ronco pregon,
Escúchase léjos un ¡AY! moribundo,
Y envuelven al mundo
Espesas tinieblas, mortuorio crespon.

Mas... ¿Por qué se desgaja la tormenta,
Y lanza el Aquilon silbo estridente?
¿Por qué huyendo la gruta se lamenta
Hosca la fiera con latir rugiente?
¿Por qué la mar se agita,
Cual ignea catarata
Que hirviendo se desata,
Y muerte y fuego por doquier vomita?
¿Será que en un momento
El Rey del firmamento
Va á deshacer las vastas graderías
Que con su aliento fabricó en seis días?
¿Es que la nada al universo absorbe,
O es que padece el Hacedor del orbe?..

¡Sí! En la cumbre del Gólgota enhiesto,
Cadalso funesto
Elévase erguido, y en él una Cruz;
Y allí, el que á los astros prestó resplandores
Y al Iris colores,
Espira alumbrado por fúnebre luz.

Allí el que destiló dulce rocío
Y dió á su pueblo en el maná sustento;
El que bondoso á Israel impío

Paso abrió sobre el líquido elemento;
Quien dió al Jordan sus límpidos cristales
Y á las cisternas de Judá raudales,
Sediento allí perece
Y amarga hiel sus lábios humedece:
Allí las profecías
Se cumplen, de Isaías,
Y al pronunciar el fallo de que *Muera*
Aquella multitud deicida y fiera,
Se consuman tras mil generaciones
De Jacob y David las predicciones.

Sobre el pecho la frente ya inclina;
Su sangre divina
De sus venas agota el raudal;
Rojas tintas sus gotas imprimen,
Y al mundo redimen
Desde el ára de Dios, celestial.

Por eso el Aquilon soberbio ruje,
Absorbe, troncha, se despeña y gira,
Y el hondo abismo, que á su paso cruje,
Abre de lava destructora pira;
Por eso rayo y trueno
Hiende la inmensidad, ronco retumba,
Y de la fría tumba
Los muertos dejan el hediondo seno;
Del templo cae el velo
Despedazado al suelo;
Los ídolos se hunden; la serpiente
El polvo muere con soberbio diente,
Y el drama que del Cielo hizo escenario
Tiene su desenlace en el Calvario.

¡Sublime espectáculo! ¡Escena temible!...
La hora terrible
Señala el cuadrante de la eternidad!...
Y cuando la muerte extiende su vuelo,
Las puertas del Cielo
Abiertas redimen á la humanidad!...

La Gloria viste luctuosas galas...
Llora Jerusalen... Sion suspira...
El Angel de dolor plega las alas...
Y atmósfera de sangre se respira!...
Del celestial palacio
Triste clamor se escucha, el aire llena...
Fúnebre hiende el infinito espacio
Y en los inmensos ámbitos resuena!...
La lira del poeta
Calla con el psalterio del Profeta!...
¡Murió Jesús!... Inmundo
Cadalso le dá el hombre...
Pero en gloriosa Cruz muere el Dios-Hombre
Para nacer el REDENTOR del Mundo.

VENUSTIANO R. HUBERT.

¡AL TREN, VIAJEROS!

POR
FÉLIX M. DE URCULLU.

(Continuacion).

II.

D. Fernando Madrazo ha escrito un libro titulado *Có-
digo del viajero*, en el que á vuelta de algunas historietas
bien traídas, caracteres bien dibujados, escenas copiadas
del natural, dá una cabal idea, hace un resumen ó ex-
tracto de cuanto interesa saber al que pone su humanidad
á merced de una empresa para ser trasladado de un punto
á otro en cualquier género de locomoción, obra que de-
biera circular por todas las estaciones, administraciones,
despachos de billetes ó boletines de embarque ó traspor-
tes á grande y pequeña velocidad, para que conociendo
todos y cada uno su derecho, la ley se cumpliera y el
ciudadano disfrutara pacíficamente de los beneficios que
en una sociedad bien organizada se pueden y deben dis-
frutar; el libro ha rodado por algunas librerías, ha sufrido
el entredicho de las empresas, ha sido espulsado de
las estaciones, y apenas si asoma en algun cartel dicién-
do «compradme.» Escusamos decir que D. Justo, á pesar
del puritanismo de sus derechos y de lo repleto de sus
arcas, no se ha dignado comprarle; es más, creemos que
le hará la oposicion como empresa, si llega á abrirse el
ferro-carril en que figura como concesionario. ¡Y es tan
necesario, sin embargo, que el viajero conozca sus dere-
chos, que vigile en lo que de él dependa el cumplimiento
de los deberes de las empresas! ¡Cuántas graves faltas de
estas dependen de la indolencia en denunciar pequeños
descuidos! Pero á bien que hemos llegado á Pozuelo, y la

señora asoma por la ventanilla para pasar revista al sexo
femenino que forma en la estacion, mientras nuestro sor-
do pregunta á D. Justo:

—¿Qué le parece á V. del verano en este pueblo?

—¡Ah! no me hable V.: unos novillos, una mediana
funcion de iglesia, algo de pólvora, polvo en abundan-
cia, mucho paseo arriba y abajo, y de casa á la estacion
y de la estacion á casa, y pare V. de contar.

—D. Justo, no lo es V. en esta ocasion: hay muchas
personas que no pueden dejar Madrid, y cuyas familias
pasan aquí buenos ratos al mismo tiempo que respiran
un aire más puro. Alguna que otra vez, un día de fiesta
ó de vacacion, vienen á ver á los emigrantes, los desterra-
dos en la corte, y vuelven á ella satisfechos de haber dis-
frutado un par de días de descanso.

—¡Pues es bastante!

—Además hay familia con bijas casaderas, pollos que
dejan el Prado por venir á verlas, reunion donde se echa
alguna funcion dramática y solterones á quienes se les
alegra el ojo y se les hacen los dientes largos viendo pa-
rejas felices.

—No estoy por eso, vamos, á mí no me basta ni San-
tander, necesito más campo, voy á Francia.

—¿Y cómo ha tomado V. este camino?

—Tengo que ver al paso á un corresponsal y arreglar
algun asuntillo...

—¡Ajá! y despues, en uno de los vapores...

—¡Caballito!

—¡Al tren, viajeros!

—Esto de los pueblos es fatal; ¡qué costumbres, qué
poca civilizacion, qué falta de comodidades, de solaz, de
expansion! Aquí se achicharra V. durante el día y espera
con la boca abierta la llegada de la noche para tener algo
de fresco: aún en el Norte, fuera de las Provincias, no
hay verdadero trato, ni sociedad, ni animacion. Por eso
voy á Bayona, á Biarritz, á donde puede uno disfrutar.

—¡Al tren, viajeros!

—Yo le diré á V....

El tren echó á andar, y el sordo se disponia nuevamen-
te á hacer el gasto de la conversacion durante el nuevo
trayecto que recorriera la locomotora, pues el ruido que
esta hacia le impedía entender de otra manera que por
señas lo que su interlocutor le contestaba, y éste sudaba
la gota gorda, viendo que tenia que dejar su oratoria pa-
ra las estaciones.

De pronto un empleado entra en el vagon.

—Los billetes.

—Ve V., y sacó el suyo D. Justo, sacó tambien su bi-
llete el sordo, y el caballero del hongo sacó dos que pre-
sentó al empleado. Taladrados los cuatro (billetes), y ape-
nas aquel se retiró, exclamó D. Justo:

—¡Los billetes! ¡lo ha visto V.? los billetes, así grose-
ra-mente, sin decir:—¿Hacen Vds. el favor, tienen Vds. la
bondad? Señores, los billetes, si Vds. gustan. Como en
el extranjero:—Pardon, messieurs, les billets s'il vous
plait.

El sordo abrió los ojos sin entender gran cosa al Don
Justo. La dama, aunque apenas oía por la distancia,
dejó solamente ver una carrera de aquellas perlas veladas
por corales.

Ya es tiempo que nos ocupemos de ella.

Esbelta, graciosa, con dos ojos negros sombreados por
grandes pestañas y dos arcos de espesas cejas, coronando
una nariz ni griega ni romana, aunque en combinacion
picaresca con la boca, de cuyos rojos y delgados lábios
parecia estar constantemente fruncido el superior; el
cuello no corto, las manos y los piés pequeños, y el todo
con ese aroma de seduccion que posee la mujer en lo me-
jor de su edad y cuando agrada se propone: era una
figura verdaderamente interesante.

Así lo calculó al primer golpe de vista nuestro sordo;
así D. Justo transigió con su presencia en el vagon, y
así uno y otro, con mayor ó menor indiferencia, la mira-
ban preguntándose: ¿Será soltera? ¿Será casada? ¿Será ese
su marido? ¿su hermano, su pariente?

Ella, es natural, prestó alguna atencion á lo que sus
compañeros de viaje hablaban: habló algunas palabras
con su acompañante, que á su vez la contestó con mucha
atencion, sin que la prestara á los individuos del sexo feo,
D. Justo y el sordo que en el mismo departamento via-
jaban.

Dispensamos al lector del nuevo discurso del sordo;
continuó elocuentemente su papel de hombre feliz, si
bien de cuando en cuando miraba con el rabo del ojo á
la vecina que se sonreía y asomaba distraída á la ven-
tanilla.

La noche avanzaba, el orador iba agotando su facun-
dia, las estaciones pasaban con la peroracion de D. Jus-
to que queria desquitarse de la lábia de su compañero.
El tren paró, paró lentamente; una luz roja se divisaba
á lo léjos, el aire soplabá por las ventanillas con alguna
violencia, las nubes embrian las estrellas en el oscuro cie-

lo, no había esa lámpara benéfica colgada en el vacío para abarcar el espacio en ausencia del otro astro; el temor sobrecogió á algunos viajeros, y D. Justo, como paró el tren, dió rienda suelta á su lengua.

—¡Cosas de España! algún peñasco que se ha caído á la vía, alguna torada que se ha atravesado, algún carro atascado en los rails de un paso á nivel, en fin, un peligro.

—¡Peligro? dijo la señora con una voz que hirió á un tiempo la delicada fibra de Don Justo y la adormecida del sordo.

—No tenga V. cuidado, señora, contestó éste, peligro no puede haberlo desde el momento en que el tren se detiene para conjurarlo.

—Pero esa luz roja.

—Esa luz es el alto al tren.

—¿Habrá ladrones?

—¿Qué dice V.?

—¿Robar un tren!

—Ya se ha perdido la cuenta de los que van robados.

—Por esta línea de ninguno, dijo el caballero cuyo metal de voz no habíamos oído todavía.

—Es verdad, es verdad; pero ello es algo.

—No hay que asustarse: comprendo lo que es; algún tren del Escorial que cruza la vía.

—Y vamos á chocar.

—Al contrario. El tren nos esperará en la próxima estación, que no dista un kilómetro, pero mientras se coloca en el apartadero, esperamos nosotros.

—¿Y cómo no lo ha hecho ya así?

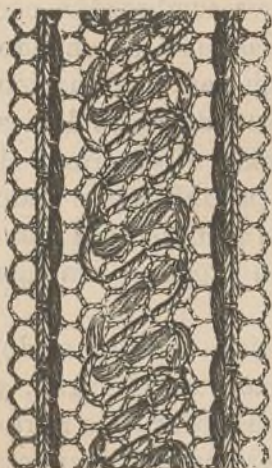
—Porque la estación tendría algunos vagones en una de las vías.

Efectivamente, el sordo tenía razón: un tren de placer del Escorial había ocasionado aquel poco placentero contratiempo.

El tren madrileño se puso en marcha, saludó con un par de resoplidos al escorialense, que á su vez le contestó con otro par, y la señora quedó tranquila, echando una mirada de gratitud al compañero de D. Justo.

III.

El lector conoce

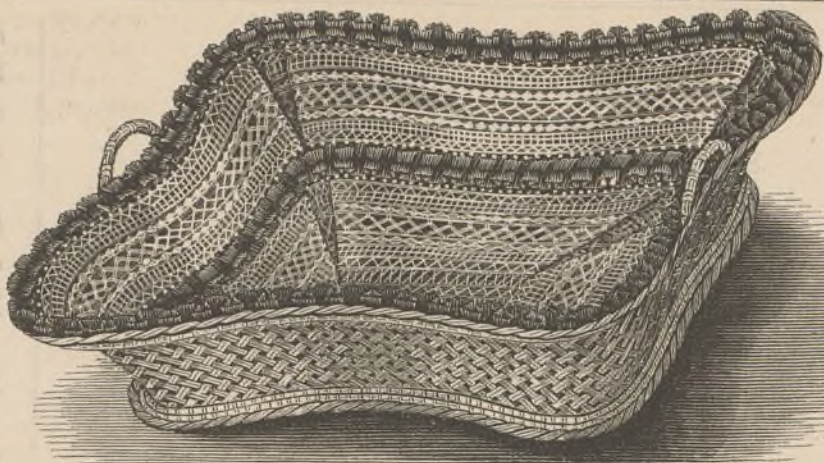


11. Entredós bordado en tul para la corbata núm. 29.

la rapidez con que se pasa por delante de los pueblos y de las estaciones en un tren. Time is money, dicen los ingleses, que podemos decir en castellano, "el tiempo vale dinero," y siguiendo este principio, de completa aplicación á los casos de la vida, según Don Justo, se trata de hacer muchas cosas en poco tiempo, se desea viajar en el menos tiempo po-



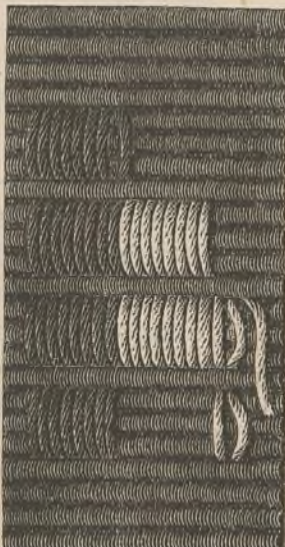
4. Delantal con peto. (Véase el núm. 22).



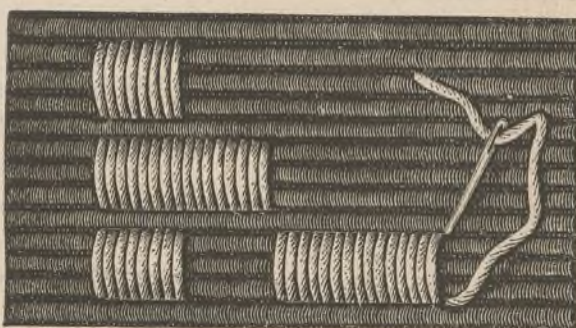
3. Canastilla. (Véase el núm. 14).



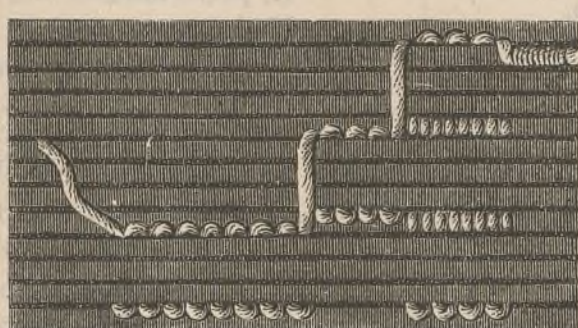
6. Ejecución del punto gobelín.



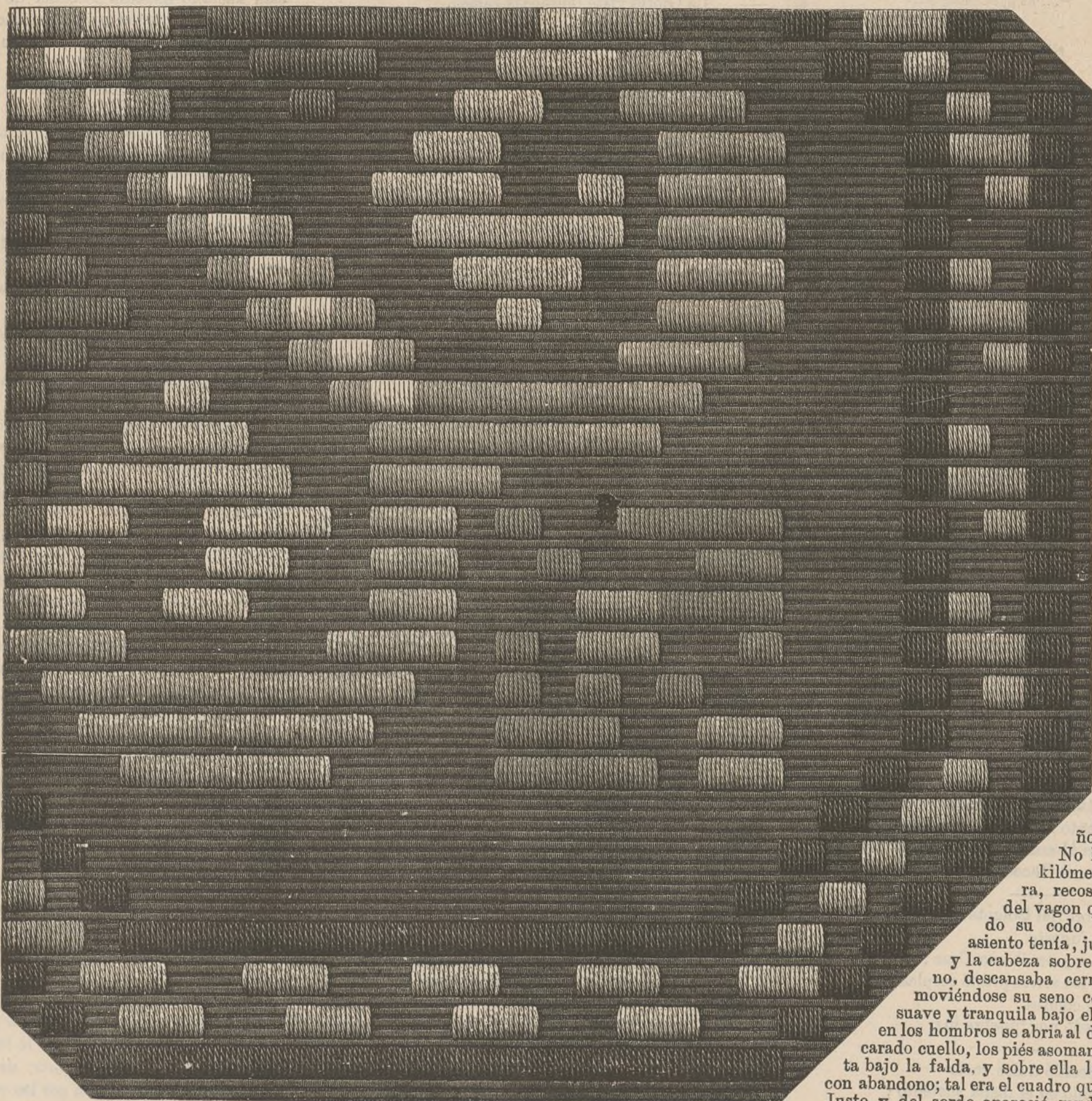
7. Punto gobelín de dos colores. (Véase el núm. 1).



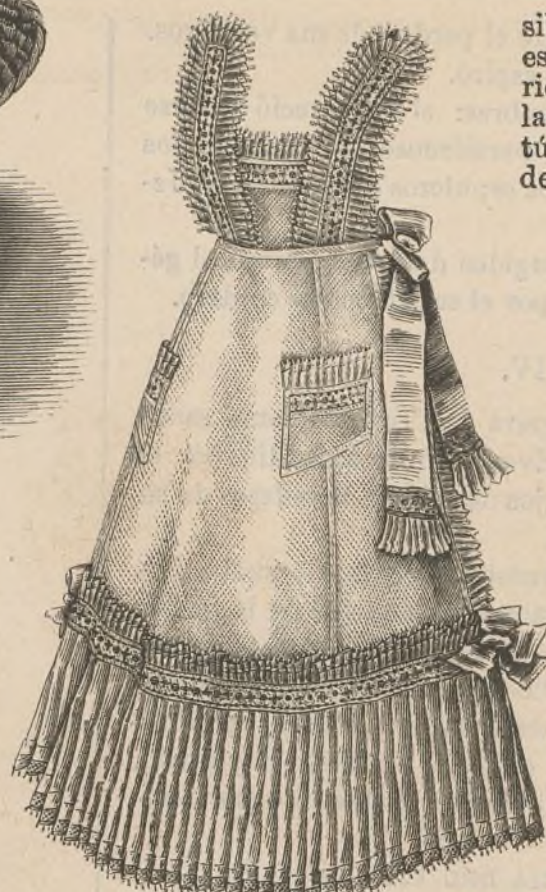
8. Ejecución del punto gobelín por el derecho.



9. Ejecución del punto gobelín por el revés.



10. Bordado gobelín sobre reps. (Véanse los núms. 1 y 3 á 10).



5. Delantal adornado de plegados.

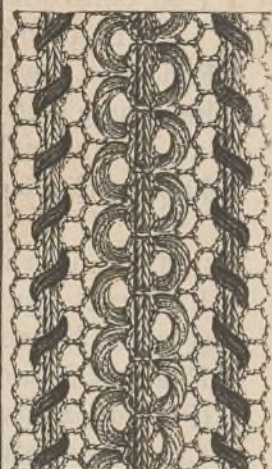
La conversación más animada parece languidecer, el fastidio asoma velando la monotonía de la inercia en que se halla, mientras la máquina acelera su velocidad, los párpados se cansan de su inútil vigilancia, las fuerzas decaen ó se embotan ante el continuo imperceptible movimiento del vagón, y el descanso, por lo general,

brinda á concluir la más animada tertulia ó la más entretenida reunión de viajeros, buscando éstos un apoyo en uno ú otro lado para evocar á Morfeo, único ente espiritista que tarde ó temprano nunca deja de responder á las evocaciones del que se propone ser *medium* de sí mismo.

Nuestros viajeros, cediendo también á sugestiones soporíferas, fueron arrojándose á las paredes y costados del vagón, extendiendo sus extremidades abdominales cuando la vecindad de un hueco de asiento les permitía: el sordo, notando la disposición

general de sus compañeros, dijo más alto que de costumbre y con cierto tonillo: "Que pasen VV. buena noche," y se acurrucó en su rincón.

La señora contestó con una sonrisa graciosa que dejó entrever parte de sus ebúrneos dientes, añadiendo al gesto un amable "buenas noches" y una significativa mirada de atención al sordo. D. Justo gruñó "buenas noches" á media

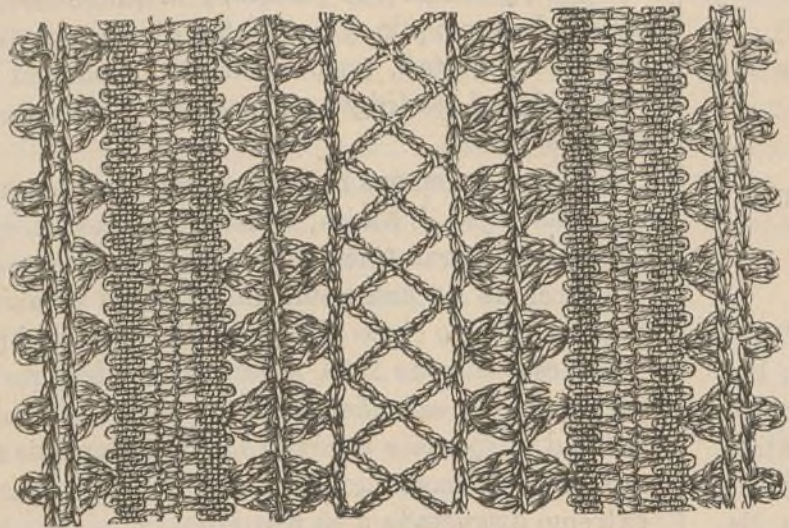


12. Entredós bordado en tul para la corbata núm. 29.

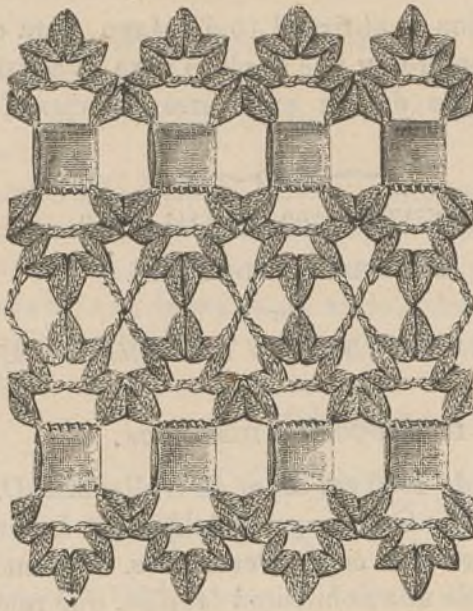
voz, y el otro caballero, volviéndose, exclamó: "señores, muy buenas."

No habrían andado seis kilómetros, y ya la señora, recostada en la esquina del vagón que ocupaba, apoyado su codo en el brazo que el asiento tenía, junto á la ventanilla, y la cabeza sobre la palma de la mano, descansaba cerrados los párpados, moviéndose su seno con una respiración suave y tranquila bajo el abrigo que tendido en los hombros se abría al descuido desde el nacarado cuello, los pies asomando su pequeña punta bajo la falda, y sobre ella la otra mano tendida con abandono; tal era el cuadro que á los ojos de Don Justo y del sordo apareció mudo, misterioso, lleno de encantos y de seducciones.

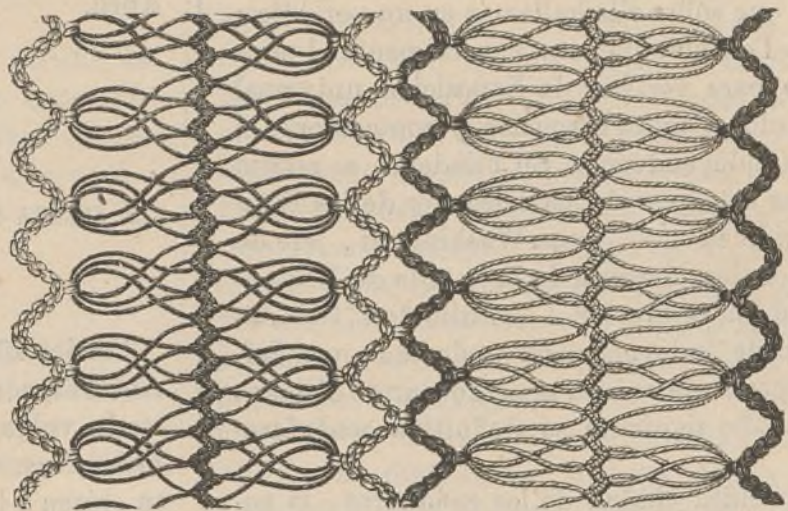
El acompañante de la señora reclinado en la otra esquina, parecía asimismo entregado á las delicias de un profundo sueño. Y como ya llevamos dicho que la intención, al ménos aparente,



13. Adorno de crochet y cinta para la canastilla núm. 3.



16. Entredós de cinta y crochet.



14. Fondo de crochet de horquilla á dos colores. (Véase el núm. 16).

del sordo era dormirse, quedó nuestro D. Justo solo, absolutamente solo, pensando en la Bolsa, en los cambios, en los giros, en las letras, en los empréstitos, en las sociedades anónimas, en su ferro carril y en su viaje.

No sé que ideas debieron de sugerirle sus mudas reflexiones; ignoramos el monólogo que se representaba en su cerebro, pero bajada la pantalla de la luz del vagón, (de lo que había cuidado el sordo) falto de la sociedad de sus compañeros de viaje, se creyó sin duda dispensado de atención alguna y sacó su petaca de cuero de Rusia.

El fósforo que encendió estremeció los nervios de la señora y la despertó, si es que estaba dormida. D. Justo no prestó atención al incidente y empezó á echar

humaradas de tabaco. Su vecino que vió condensarse la reducida atmósfera del vagón bajo una ventanilla, la dama se arropó con su abrigo, y el sordo, no sabiendo qué partido tomar, dijo á D. Justo á media voz, no sin que lo observara la señora:

—¡D. Justo! por la Virgen, tire V. ese cigarro, ¡le parece á V. ocasión de ponerse á fumar?

—¿Por qué?
—Hombre, ¿no ve V. que hay señoras?

—No: veo una solamente, ¿y qué?

—Donde está una está representado todo el bello sexo: la misma obligación tenemos de considerar y ser galantes con una que con ciento.

—Yo no trato de galantear.

—Usted es un solterón con malas mañas por lo visto.

—¡Navalpera! gritó un empleado.

—Buen punto de pesca.

—De caza, dirá V.

—Para mí es lo mismo: ni cazo ni pesco.

—Pero fuma V.

—¡Hombre, no sea V. pesado!

—¡Al tren, viajeros! volvió á decir la voz administrativa.

—¡Ahí lo tiene V.!

—¿El qué?

—Se estaba V. quejando de la poca política que tienen las em-

presas ó sus empleados con el público, y es V. el primero que falta

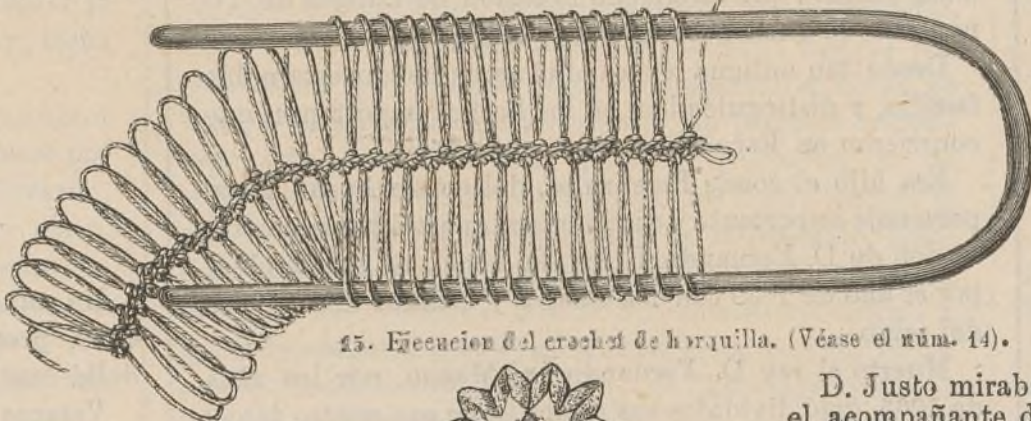
á la política.

—¡Hombre! ¡si hay muchas señoras que fuman!

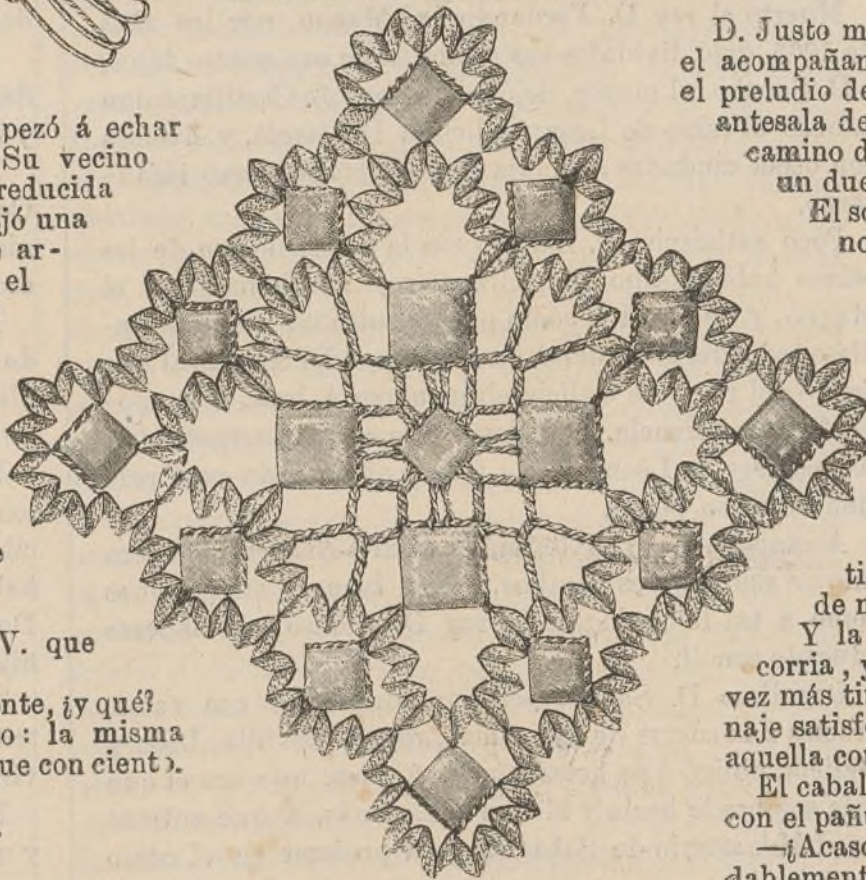
—No: muchas no, habrá alguna; eso es creer, como los extranjeros, que llevan aquí todas las señoras la navaja en la liga: y á propósito del extranjero, ¿á que allí no fuma V.?

—Hay vagones para eso.

—Pues aquí si no los hay y es



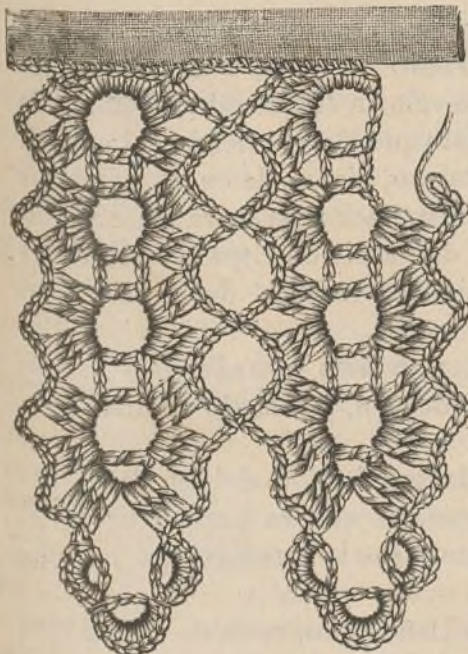
15. Ejecución del crochet de horquilla. (Véase el núm. 14).



17. Cuadro de cinta y crochet.



22. Cuadro de crochet para colcha.



20. Puntilla de crochet para ropa blanca.

18. Sembrado para cañamazo.

19. Sembrado para cañamazo.

21. Cenefa para el delantal núm. 4.

23. Cenefa para el delantal núm. 4.

24. Cenefa para el delantal núm. 4.

25. Cenefa para el delantal núm. 4.

26. Cenefa para el delantal núm. 4.

27. Cenefa para el delantal núm. 4.

28. Cenefa para el delantal núm. 4.

29. Cenefa para el delantal núm. 4.

30. Cenefa para el delantal núm. 4.

31. Cenefa para el delantal núm. 4.

32. Cenefa para el delantal núm. 4.

33. Cenefa para el delantal núm. 4.

34. Cenefa para el delantal núm. 4.

35. Cenefa para el delantal núm. 4.

36. Cenefa para el delantal núm. 4.

37. Cenefa para el delantal núm. 4.

38. Cenefa para el delantal núm. 4.

uno egoísta, debe preguntar á las señoras si las incomoda el humo del cigarro.

—En eso tiene V. razón: señora, ¿la incomoda á V. el humo del cigarro?

—No, señor, al contrario, me gusta.

—Lo ve V., dijo D. Justo al sordo por lo bajo, ya me interesa esa señora por su contestación.

Y D. Justo empezó á mirarla con cierto aire de benévola protección.

El sordo hizo un gesto como diciendo: ¡Fátuo! y la señora volvió á poner de manifiesto aquel teclado dental que daba á su voz tan armoniosas cadencias.

D. Justo se atribuyó la sonrisa y tomó cierto aire de seductor que no había más que pedir.

El tren continuaba impertérrito su marcha.

D. Justo miraba á la señora, la señora á D. Justo, el sordo á la señora, el acompañante de esta fruncía cada vez más el ceño, y parecía aquello el preludio de una escena dramática, el prólogo de un poema teatral, la antesala de un lance desagradable, el camino de un desafío, el motivo de un duelo.

El sordo, cada vez más cabiloso, no acertaba á explicarse aquel enredo, enredo que parecía palpable, como el eco lejano de un trueno nos indica la tempestad que se acerca.

—¿Qué papel represento yo aquí? se decía; ¿cuál D. Justo? ¿quién es esa señora? ¿qué es de ella ese caballero que tiene los aires de un traidor de melodrama?

Y la noche avanzaba, y el tren corría, y la situación parecía cada vez más tirante: solo había un personaje satisfecho. D. Justo fumando su cigarro y creyéndose el héroe de aquella comedia si existía.

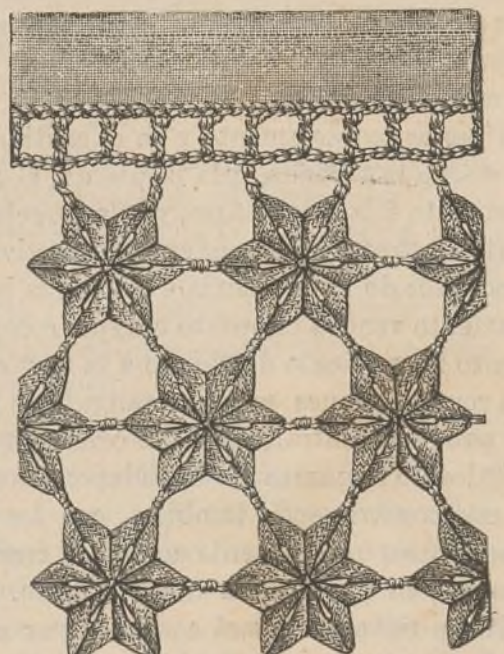
El caballero habló misteriosamente á la dama, ésta se tapó la boca con el pañuelo, parecía que lo mordía.

—¿Acaso es su marido? pensó el sordo, porque ella se contiene indudablemente en su presencia, sus nervios anuncian que no se halla en su estado normal, está haciendo un esfuerzo sobre sí misma.

El tren llegó á Avila: la señora y el caballero se bajaron. El sordo asomó la gaita por si los veía dirigirse á la fonda, no fué así, y esto aumentó sus cabilaciones.

—¡Al tren viajeros! se oyó á muy poco rato, D. Justo buscó con la vista al caballero y á la señora, pero no parecían.

—¡Viajeros, al tren!



21. Cenefa para el delantal núm. 4.

El sordo se deshizo mirando á uno y otro lado.

Se oyó la campana: los viajeros no venían.

Partió el tren.

D. Justo y el sordo quedaron mirando uno á otro.

(Se continuará).

FILADELFIA.

Hoy que tanto se habla de esta ciudad, vamos á dar algunas noticias que sobre ella hallamos en un periódico:

«Capital de la Pensylvania, era naturalmente el punto más indicado para verificar la Exposición universal con que los Estados-Unidos dispusieron conmemorar el centenario de su independencia. En Filadelfia se reunió en 1774 el primer Congreso de los delegados de los Estados; allí fué elegido en 1775 Jorge Washington, jefe de las milicias nacionales, después de la batalla de Lexington, y en ella, en fin, se firmó el 4 de Julio de 1776 la famosa declaración de independencia, redactada por Jefferson, que, aceptada de común acuerdo por 43 Estados rebeldes, trajo al año siguiente su definitiva confederación.

Filadelfia, la pacífica ciudad de los cuáqueros, la población del amor fraternal, como la llamaron sus fundadores, vino á ser desde aquel instante centro del movimiento revolucionario, y vió íntimamente enlazada su historia con la de los primeros tiempos de la emancipación norte-americana. Cerca del año 1800 la capital de la república fué trasladada á un villorrio indio, situado á orillas del Potomac, convirtiéndose, en honor del gran patriota libertador, su nombre indígena por el de ciudad de Washington.

A más de los títulos históricos, Filadelfia cuenta con méritos industriales que la hacían digna de la preferencia que se le ha dado en la celebración del centenario; pues, aunque su desarrollo comercial sea inferior al de Nueva-York, no deja con todo de figurar como la gran ciudad industrial del Este y la segunda capital de la Union. Su población está calculada en 850.000 habitantes, que ocupan un espacio de 180 kilómetros cuadrados, al paso que la de Nueva-York, excediendo de un millón, está encerrada dentro de un círculo de 44 kilómetros cuadrados.

Eso explica porqué Filadelfia con menos población cuenta sin embargo con 20.000 edificios más que Nueva-York. Los dos ríos que la rodean, especialmente el Delaware, la hace accesible á los vapores trasatlánticos, y las múltiples vías férreas que la circundan la ponen en inmediato contacto con todos los Estados y con todos los distritos mineros de Pensylvania, tan ricos en hulla, hierro y petróleo. Unos 150 kilómetros separan á Nueva-York de Filadelfia, distancia que recorren actualmente los trenes especiales en tres horas y media, y que durante la Exposición prometen las compañías reducir á dos.

Farimount Park, punto escogido para situar la Exposición, es uno de los paseos más pintorescos y grandiosos de las ciudades norte-americanas, midiendo el parque por sí solo una superficie aproximada de 14 kilómetros cuadrados.

Los edificios de la Exposición se levantarán en el centro de ese inmenso jardín, dándoles proporciones que hagan enmudecer á sus rivales de Londres, París y Viena. Los expositores tendrán además la facultad de construir á sus expensas los *anexos* que les convenga. El puesto que ocupan en el palacio se les concederá gratuitamente, no excediendo de ciertos límites, y bajo esas mismas condiciones se facilitará á los que la necesiten fuerza de vapor.

El plano de la Exposición está dividido en cinco grandes secciones que ocuparán otros tantos cuerpos de edificio separados por calles ó avenidas de ciento á cincuenta metros de anchura.

Puestos paralelamente y en el sentido de su amplitud, formarán la fachada, á la izquierda, el cuerpo de edificio destinado á la agricultura, y á la derecha el de la maquinaria. Detrás corresponderán respectivamente el de los productos de la industria y el de las bellas artes. Últimamente vendrá el quinto cuerpo, compuesto por un inmenso invernáculo destinado á la horticultura. Todas estas construcciones serán rectangulares y convergentes á un pabellón central, donde se coleccionarán todos los recuerdos de la guerra de la independencia. En la ciudad se está construyendo también, con los mismos muebles y accesorios que contenía aquel día memorable, la histórica sala en que aquella fué declarada.

Dicho pabellón estará coronado por el colosal cimborrio de que tanto se ha hablado, encima del cual se levantará todavía la estatua de la América. La colocación de objetos estará dispuesta de una manera análoga á la de París y permitiendo al visitante examinarlos colectivamente ó por naciones. Para lo primero le bastará recorrer las galerías paralelas á la fachada, y para lo segundo las perpendiculares á la misma. Los norte-americanos han tenido sin duda presente que el malogro de la Exposición de Viena fué debido en parte á haber prescindido de realizar esta clara y cómoda distribución de objetos.

Para completar estos detalles que hemos podido anticipar sobre la Exposición de Filadelfia, solo resta añadir

que la Exposición se abrirá el 10 de Mayo, para cerrarse el 10 de Noviembre, y que el plazo para la admisión de los artículos que deseen exponerse termina el 19 de Abril.

EL PUENTE MAYOR DE VALLADOLID.

LEYENDA TRADICIONAL

por

LA SEÑORA DOÑA EDUARDA FELÍZ Y MENDOZA DE MARTINEZ.

INTRODUCCION HISTÓRICA.

Por los años de 1080 era señor de Valladolid D. Pedro Ansures, conde de Carrion y de Saldaña y Libana; llamado vulgarmente el conde Peranzules. Descendía don Pedro Ansures de una nobilísima familia, que remontaba su origen á los tiempos del emperador romano Augusto.

Su primer ascendiente había sido un capitán astur, llamado Ansur, que dirigiendo la legión de Cangas de Tineo, hizo la guerra al emperador Augusto.

Desde tan antigua época, fué ascendiendo esta noble familia, y distinguiéndose en los hechos importantes que ocurrieron en España, en todos sus reinos.

Era hijo el conde Peranzules, del conde Ansur Diaz, personaje importante y distinguido, que asistió á la coronación de D. Fernando I, rey de Leon, en esta ciudad, por el año de 1039 con los obispos y señores más nobles del reino.

Muerto el rey D. Fernando I el Magno, por los años de 1065, dejó divididos sus reinos entre sus cuatro hijos; á D. Sancho, el mayor, dejó la corona de Castilla; á don Alonso el reino de Leon; Galicia á D. García, y Zamora con otras ciudades á su hija Doña Urraca, como infantazgo.

Poco satisfecho D. Sancho con la división que de los reinos había hecho su padre el rey D. Fernando I el Magno, y de que á él como primogénito no le correspondiese todo, declaró guerra á su hermano D. García, al que arrojó del reino de Galicia obligándole á huir, y se apoderó de su herencia. Lo mismo hizo con su hermano don Alonso, rey de Leon, el que menos afortunado cayó prisionero en su poder.

Acompañaba á D. Alonso, D. Pedro Ansures, que era uno de sus mejores vasallos, ó más bien su amigo; pues como á tal le distinguía el rey D. Alonso por haberse educado con él.

Orgulloso D. Sancho con sus triunfos, y con verse, gracias á la suerte de sus armas, rey de Castilla, Leon y Galicia, obligó á su hermano D. Alonso, que era el que más sombra le hacía y al que temía más, á que entrase en el Monasterio de Sahagun para profesar en él como fraile.

Aparentó D. Alonso conformarse con su mala suerte, y entró en el monasterio; pero desde él huyó á Toledo á ampararse del rey moro Almenon, y en Toledo se le reunieron muchos nobles de su reino de Leon, siendo de los primeros su amigo D. Pedro Ansures.

El rey D. Sancho, no hizo caso de la huida de su hermano, ocupado como estaba en el cerco de Zamora, que quería arrebatar á su hermana la infanta Doña Urraca.

Ya la había despojado de todas las ciudades de su Infantazgo, y solo la quedaba Zamora, donde Doña Urraca se había refugiado como su último amparo.

Viendo D. Sancho que la ciudad permanecía fiel á Doña Urraca, y que sostenía el sitio con firmeza, desesperado é impaciente, se puso de acuerdo con el traidor Vellido Dolfos, que saliendo de la plaza en secreto, le ofreció entregarle la ciudad; pero el traidor habiendo atraído á D. Sancho una noche, con pretexto de enseñarle una entrada en las murallas por donde pudiese penetrar su ejército, le dió la muerte al pie de las mismas murallas, en el año de 1072.

Al saber D. Alonso la muerte de su hermano, salió de Toledo en compañía de sus fieles caballeros, y gracias á los acertados consejos de D. Pedro Ansures, conde de Carrion y de Saldaña y Libana, fué reconocido por rey de Castilla, Leon y Galicia en el mismo año de 1072, en Cortes de Zamora, y con el nombre de Alfonso VI.

Agradecido D. Alonso á los caballeros que le habían sido fieles en su desgracia, otorgó á todos mercedes; pero en especial á su amigo el conde D. Pedro, á quien dió como señorío la hermosa villa de Valladolid, en 1074.

Era D. Pedro Ansures caballero de grandes virtudes y de los de más talento; consejero, general y amigo del rey D. Alfonso VI, puede decirse que reinaba más que el mismo rey.

Cuando no estaba en compañía del monarca, ó haciendo la guerra como entendido caudillo, residía en su ciudad de Valladolid, á la que se ocupaba de aumentar y hermosear.

Desde el año de 1074, que el rey le hizo donación de ella, hasta 1080, construyó su palacio de residencia (hoy

hospital de Santa María de Esgueba), el que levantó á extramuros de la villa, por parecerle pequeña, y así agrandarla más. Edificó la iglesia de Santa María de la Antigua, próxima á su palacio, y la que le servía de capilla y de parroquia, y con el fin de que se diese culto con toda majestad, puso en ella un abad con su prior, con clérigos ó canónigos que asistían continuamente á los divinos oficios.

Le ayudaba en sus magníficas construcciones su esposa Doña Eylo ó Eloisa, señora de grandes virtudes y adornada de gran talento para aquellos tiempos.

Descendía de una nobilísima familia y había dado al conde D. Pedro cinco hijos, un hijo y cuatro hijas.

En este año de 1080, y después de haberse ocupado por espacio de seis años en hermosear su ciudad de Valladolid, disponíase el conde D. Pedro á partir á la guerra contra los moros del reino de Sevilla, lo que tenía en extremo disgustada á su leal villa.

PRIMERA PARTE.

El constructor árabe.

CAPITULO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

En una fresca mañana del mes de Abril del año de 1080, presentaba la muy leal y heroica villa de Valladolid una gran concurrencia y animación.

Veíanse campesinos de los cercanos pueblos y de los demás comarcas; soldados y pecheros, todos reunidos y mezclados.

Eran las doce del día, y en el palacio de los condes de Carrion y señores de Valladolid, se notaba más que en ninguna otra parte la efervescencia y animación que precede á un gran suceso.

Los corredores, antecámaras y cámaras, estaban llenos de soldados y servidores del conde D. Pedro, y en la plaza del palacio, hasta una larga distancia, el ejército de su mesnada, que debía acompañarle.

En una de sus más suntuosas cámaras, ó más bien salón de honor, pues estaba decorado y adornado para recibir, con estradillo y sillones blasonados con dosel, se hallaba el conde D. Pedro en compañía de su esposa Doña Eloisa ó Eylo, como se decía entonces, y de sus hijos.

Tendría el conde D. Pedro Ansures de unos treinta á treinta y cinco años, y estaba en todo el esplendor de su virilidad.

Era de estatura aventajada, y tenía una cabeza noble y una frente en la que se leían sus heroicos pensamientos. Sus ojos tenían la mirada fija y penetrante de los grandes talentos y parecía querer leer hasta el interior de los corazones. Sin embargo, su mirada era franca, leal; mirada en la que se adivina un alma noble. El color de sus ojos era un castaño claro; pero en el ardor del combate se animaban de un modo tal, que parecían arrojar llamas. El color de su rostro blanco pálido, curtido, ó más bien sombreado por los ardores del sol ó las inclemencias del tiempo en los combates.

La barba y los cabellos de un castaño claro, casi rubio, y caracterizando el distinguido tipo godo, del que descendía el conde D. Pedro, sin mezcla de sangre árabe.

Su continente todo y su apostura, llena de nobleza y señorío. Al mirar á D. Pedro Ansures, aunque no fuese más que un momento, se veía en él al hombre de hierro de la edad media, al caballero que, descendiendo del capitán Ansur, compañero de Pelayo, vivía solo en los combates contra los moros, para, á imitación de su valiente ascendiente, morir ó arrojar del suelo de España á los usurpadores que había traído la traición del conde Don Julian.

Estaba vestido con una preciosa armadura de Toledo, que brillaba á los rayos del sol, y armado de todas sus armas.

En su rostro se veía la satisfacción del guerrero valiente, del entendido general que va á combatir por el honor de su patria, y que tiene la seguridad de no empañar su limpia honra con una cobardía.

Su esposa, la condesa Doña Eylo, tenía de veinticinco á veintiocho años y era de una belleza dulce y seductora.

Blanca con la blancura del nácar, rubia y delicada: tenía unos hermosos ojos azules, en los que se leía la pureza de su alma; la frente ancha y despejada, estaba coronada de cabellos ensortijados de un rubio dorado y adornada con una pequeña corona de plata.

Las mejillas animadas de un brillante sonrosado y la boca pequeña, de labios finos y encarnados. Sus pies y sus manos eran admirables, y aunque de pequeña estatura, no carecía de magestad. Vestía una túnica de bro-

cado rojo, con los cuarteles de sus armas bordados de seda negra, y ceñía su talle un cinturón de plata, como la corona. Pendientes de su cintura tenía muchas llaves, pues las señoras de aquella época, aun las más ricas y nobles, no se desdaban de traer las llaves de su casa y de mirar ellas mismas por su gobierno. En las orejas llevaba arracadas de corales, y un collar de muchas vueltas ceñía su cuello. Lujo muy grande para aquel tiempo y que denotaba la riqueza del conde D. Pedro. A su lado se agrupaban sus cinco hijos, sin ayas ni criadas que los cuidasen, pues las madres de entonces no cedían a nadie el cuidado de sus hijos, y ménos que ninguna Doña Eloisa, esposa cariñosa y amante madre.

Su hijo mayor se llamaba D. Alonso, niño de seis años, y las hijas, Doña María, de cinco, Doña Emilia, de cuatro, Doña Elvira, de tres y Doña Mayor, de dos años.

El niño D. Alonso tenía cogida la mano de su padre y miraba su armadura con infantil curiosidad.

Las niñas Doña María y Doña Emilia las tenía la condesa á cada una de su mano, y Doña Elvira y Doña Mayor se asían de su falda dando traspiés.

D. Pedro miraba á su esposa y á sus hijos con un amor infinito, y se olvidaba de su belicoso ardor guerrero por el cariño de aquellas prendas tan amadas de su corazón.

Doña Eloisa, aunque mujer de gran aliento y valor, estaba triste por la marcha de su esposo, y procuraba contener una rebelde lágrima próxima á asomar á sus ojos.

El conde lo comprendía; así fué que la dijo con dulzura:

—Eloisa, esposa mía, te veo triste y apenada por mi marcha, y eso no lo acostumbras tú. Siempre has sido la primera en animarme y darme aliento en mis empresas, por lo que si algo hice bueno, á tí lo debo, mi hermosa compañera.

—Pedro, le contestó la condesa con acento triste: cuando has partido á la guerra, en las infinitas veces que lo has hecho desde que estamos casados, quedaba triste, aunque lo disimulaba; pero no sentía la angustia desgarradora que hoy siento. No sé porqué, mas tengo el presentimiento que en tu ausencia me va á ocurrir alguna horrible desgracia.

—¡Por Dios, Eloisa! Tú tan piadosa, ¿crees en sortilegios ni brujerías?

—No, Pedro, sino en hechos reales; contestó la dama, dejándose caer con desaliento en un escabel; al separarme hoy de tí, no temo el no volverte á ver, no. Combates contra los enemigos de Dios y él te prestará su ayuda, y sino te da la victoria, no te abandonará. Yo temo alguna cosa oculta, algún crimen desconocido, alguna traición que no esté ni á tu alcance ni al mío.

D. Pedro, el valiente D. Pedro Ansures, se estremeció, porque no hay valor posible si se teme por las personas queridas, y por espacio de algunos momentos no contestó una palabra. Hizo al fin un esfuerzo, y dominando su momentáneo terror, dijo con energía:

—¿Y quien será el osado que se atreva contra la esposa y los hijos de Ansures en su ausencia?

Los ojos de Doña Eloisa irradiaron y brillaron como dos centellas, y contestó con altiva arrogancia:

—El osado, ó los osados, que se atraviesen á atacarnos en tu ausencia, pagarían cara su audacia! ¡A Dios gracias, la condesa de Carrion no es cobarde, la señora de la noble y leal Valladolid, sabrá morir en sus murallas, y sostenerse con su última almena ayudada de sus leales vasallos! No temo yo un ataque leal y á la luz del día, si así fuese, demostraría que sé ser la digna esposa de Ansures. Lo que yo tengo miedo es á la traición.

—El noble, el leal D. Fadrique de Lara, queda de Gobernador en mi ausencia, y con él estás tan segura como conmigo, esposa mía.

—¡Libreme Dios de hacer una ofensa al noble Lara, contestó la condesa con dignidad; pero á él pueden engañarlo como á mí. Los moros son tus enemigos naturales, Pedro, ellos no pueden olvidar que sin tu heroico esfuerzo y poderosa pujanza, Toledo no sería del rey don Alonso VI. El hijo y heredero de Almenar, el príncipe Omer Ali, anda huido y ha jurado vengarse de tí. Los moros tienen voluntad y talento y son engañadores y arteros.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios de D. Pedro Ansures.

—Esposa querida, dijo cariñosamente, desecha esas tristes ideas, indignas de tu noble alma. Si Omer Ali hubiese podido hacer algo en contra nuestra, ya no se habría detenido. El tiene la rabia de la impotencia, y no otra cosa.

—Lo sé, Pedro, y te repito que no es un ataque directo el que temo; pero sí la cobarde traición. Por mí estoy tranquila; pero nuestros hijos, los hijos de Ansures, que aborrecen, y de los que Omer Ali juró vengarse.

El conde volvió á estremecerse y dijo con pena:

—¡Por Dios, Eloisa! ¡Tú que siempre me has dado alientos hoy me los quitas?

—¡Pero mis hijas, mi hijo! murmuró la dama con desesperación.

—¡Nuestro hijo Alonso! gritó el conde con acento de sublime amor paternal y estrechando al niño entre sus brazos. ¡Quién se atreverá á tocar á un solo cabello de su cabeza? añadió con la cólera de un león herido; tranquilízate, Eloisa, esposa mía, y no hagas caso de cuentos de renegados.

(Se continuará.)

REVISTA SEMANAL.

Sociedad de conciertos.—Teatro de Eslava.—Beneficios.—Teatro de Variedades.—Concierto del Sr. Mirecki.

SOCIEDAD DE CONCIERTOS.—El cuarto concierto dado por esta Sociedad bajo la dirección del Sr. Monasterio, fué un cielo salpicado de hermosas estrellas, aunque empañado con una pequeña nube. Compuesto de obras ya lucidas en las anteriores sesiones de la presente temporada, esto no fuera motivo para desagradarnos, si las repetidas no lo fueran también aquellas sobre las que el público ha dado manifestadas señales de descontento. Hace once años que la sociedad más escogida acude ansiosa á escuchar los conciertos que el Sr. Monasterio dirige, á gozar de esa música que tan solo en ellos se deja oír, y acostumbrada á esto, nada tiene de particular que con frialdad recibiera en el pasado concierto, anterior al que me ocupa, una fantasía sobre motivos españoles, que nada tiene de fantasía, á no ser que tal haya sido de su autor, el maestro Gevaert; es muy bonita por lo bien instrumentada: un par de aires nacionales, disimulados con un sin fin de variaciones que los desfiguran, y la marcha real, en... ¡la mar! de tonos, como ahora se dice. Esta es, en resumen, la susodicha supuesta fantasía. Buena para oírsele á una de las músicas de ingenieros, pero que merece mucho en un concierto de la índole de los que da el Sr. Monasterio. Y sin embargo, esta fantasía háse puesto otra vez en el programa de este cuarto concierto. No comprendemos cuáles serán los cálculos del Sr. Monasterio al hacer esto. Y lo mismo decimos de la overtura de la ópera *El Carnaval romano*, de Berlioz, que un vecino de localidad calificaba de música de Price, de música de caballitos. Por lo demás, el concierto ha sido inmejorable, y muy de veras hubiera deseado fuese el programa tan solo compuesto de "el trio en dó menor (obra 9) de Bethowen", que llenó la segunda parte, y del "estudio de concierto (en sí b.) de Monasterio. Con estas dos obras, tales como son y como fueron ejecutadas, hubiera habido bastante para salir del todo satisfechos. La overtura de *Maritana* de Wallace, muy regular, aunque algo mejor el final; el "largetto non troppo" de la segunda sinfonía (en mí b.) de Gounod, deja ver el elevado sentimiento de su autor, parece una verdadera plegaria que consuela al par que anima; y la fantasía sobre motivos españoles, de que ya hemos hablado, formaban la primera parte. Cubría la segunda el "trio en dó menor (obra 9) de Bethowen, perfectamente interpretado. Nada decimos más; es el trio de Bethowen, y basta. La tercera parte estaba constituida por la overtura de la ópera *El Carnaval romano*, que ya hemos mencionado, y por el "estudio de concierto (en sí b.) del Sr. Monasterio, á cuya entrada de arpas no se puede pedir más, lo mismo que la de violines, tanto por la instrumentación como por la ejecución de la misma. Parece un diálogo entre la dulzura de un ángel y la energía de un hombre de sentimientos que luego se asimilan en una escala final. Se hizo repetir, concluyendo el concierto entre numerosos aplausos con la *Marcha de las antorchas* (núm. 2), de Meyerbeer.

S. M. y A. R. honraron el salón con su presencia. Este concierto, en resumen, ha sido un cielo salpicado de hermosas estrellas, aunque empañado con esta explicada pequeña nube.

ESLAVA.—*La ley de Dios*, original del Sr. D. Ramon García Sanchez.—Un honrado alcalde recoge á la hija de un vecino del pueblo que la escena representa, vecino que murió, dejando huérfana á la dicha protagonista del drama que nos ocupa. Este alcalde tiene un hijo al que ha dado carrera de farmacéutico, que adora á Marcela, así llamada la huérfana, siendo correspondido por la misma. La protagonista es un tipo de bondad, de grandeza de alma y de sublime abnegación. La trama de la obra descubre, por medio de una carta que entrega al alcalde un criminal capturado por éste, haber sido el padre de Marcela autor del asesinato cometido en la persona de un hijo del susodicho alcalde, crimen motivado por cuestión (al parecer) de amores. El protector de Marcela duda, pero al fin se asegura de ello, siendo instrumento la misma Marcela, que recogiendo la carta de que hemos hablado, la reconoce como de su difunto

padre. La arroja de su casa el alcalde enfurecido; pero llega su hijo diciendo haber propagado la noticia de su enlace con ella ya próximo, que escenas antes es descubierto y consentido por la madre de éste. Su madre, tipo del bondadoso y sencillo carácter de una mujer del pueblo, y de no escaso talento en lo que corresponde á la vida, pues comprende que la dicha del matrimonio no está en el oro, solo sí en el cariño, virtud y honradez. Marcela, creyendo ha sido arrojada de la casa de sus protectores, por su atrevimiento al querer, y dejarse amar, del hijo de los mismos, finge un amor nuevo, asegura haberle engañado, devolviéndole su palabra y luchando al mismo tiempo con el que á él tan de veras le profesa. Descúbrese al final de la obra la sublime abnegación de Marcela, que es admitida como esposa del hijo de sus protectores, sin que ella nunca conozca la verdadera causa de que fuera tratada cual lo fué por ellos; terminando con el sonido de la campana que se deja oír recordando la oración de la tarde, que todos elevan con verdadero fervor, en recuerdo de los muertos, dejándose al mismo tiempo oír guitarras y voces de mozos significando una serenata que vienen á dar á los novios. Este es el argumento, á mi entender, del drama *La ley de Dios*.

Ahora bien, el título, apoyado sin duda en: *tiene que perdonar el que quiere ser perdonado*, no diremos que sea impropio, pero tampoco verosímil. ¿Cuál es la culpa de Marcela? ¿amar al hijo de sus protectores? Esta no lo es, y sin embargo, se la perdona. Y no será del delito que su padre cometió, puesto que ni fué cómplice, ni el autor nos dice que la niña en aquella ocasión existiera. Por otra parte, aun existiendo, ¿qué culpa tienen los hijos de las faltas de sus padres? Perdonarla el que fuera hija de un asesino, tampoco es verosímil.—Que tome asiento la venganza sobre una inocente que bien conoce el alcalde lo es Marcela, no cabe en el honrado corazón del personaje que el autor nos presenta. Entonces ¿qué cebarse en esa pobre niña, para luego no concluir la obra? Porque el autor deja impune un delito y sin embargo público y conocido del pueblo, puesto que el secreto en manos está también del criminal que dió la carta al alcalde. Además, es inverosímil que apoderada Marcela de la carta, reconozca la letra de su difunto padre, sin enterarse del contenido, que tan solo es una frase y una firma, ni tampoco que no lo haga después de haber visto el efecto que tal reconocimiento en sus protectores ha hecho. El contraste del final disgusta al público, al que se le hace jugar con dos sentimientos contrarios á un mismo tiempo. Malos mozos son los de la serenata, que al oír el tañido de la campana que á la oración recuerda, siguen su canción olvidándose de ese santo deber.

Nosotros tenemos la idea de que es muy difícil hacer una obra completa, y que la del Sr. D. Ramon García merece verse, siquiera para comprender los buenos sentimientos de su autor al presentarla, reconociendo que es mucho argumento para tan poco lugar. Es imposible en un acto desarrollarlo, sin que se advierta todo lo dicho, que el público á primera vista comprende.

Y á la empresa, amigos de sus intereses, aconsejamos no presente muchas obras del género dramático, que no suele agradar al público, que á reírse y no á padecer ansioso acude á el precioso *Salon de Eslava*, que tantas veces hace sus delicias. Sin embargo, no viene mal alguna vez, "entre col y col..." con tal de que el "intermedio," no abunde mucho.

BENEFICIOS.—Lo han sido, el del popular actor cómico Sr. D. Mariano Fernandez, en el Teatro del Circo; el de la señorita Valverde, en el de la Comedia; el de la señora Santamaría, en la Zarzuela, y el del Sr. Chacel en el de Eslava. Basta ver el nombre de los beneficiados, para comprender lo brillantes y concurridos que estos coliseos en esos días estarian.

TEATRO DE VARIEDADES.—Con el título *Por seguir á su marido*, estrenó en la noche del 31, el elegante y concurrido teatro de Variedades, un juguete cómico que agradó. Al haber sido puesto en escena por la empresa de este coliseo, ya se recomienda la citada producción, que abunda en situaciones cómicas, provocando la hilaridad, propósito de la empresa, conocedora del gusto del público que diariamente llena las localidades del elegante coliseo de la calle de la Magdalena.

CONCIERTO DEL SR. MIRECKI.—En la noche del 31 tuvo lugar el concierto del Sr. Mirecki, en el salón del Conservatorio, siendo muy aplaudidos con el beneficiado cuantos artistas en él tomaron parte. La concurrencia salió altamente complacida.

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

CORRESPONDENCIA.

D. L.—*Sevilla*.—La túnica judía y la túnica hebrea son una misma cosa. Repase V. los números de EL CORREO y hallará V. desde hace más de seis meses modelos de esta clase de túnicas, así como detalladas descripciones de ella en las Revistas de Modas. Mil gracias por sus elogios que estimo en mucho.



25. Prendido de cinta.

M. F. de M. — Los adornos para vestidos que más se llevan, son de la misma tela, dispuestos en ruches, volantes y bullones. También se estilan las cintas de plata y oro, los flecos mejicanos y las franjas de marabú. La combinación de dos telas está asimismo muy en moda; para el negro puede V. elegir rosa, azul ó plata, y para el azul cualquier to-

no gris.

T. M. de C.—*Tarragona*.—Escribiré á V. largamente por el correo. Use V. los polvos de arroz, y mandéme V. la receta para el jabon casero, que estimaré mucho.

Una niña. — No basta tolerar las bromas, es preciso sacar partido de ellas corrigiéndonos de los defectos que las originen.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

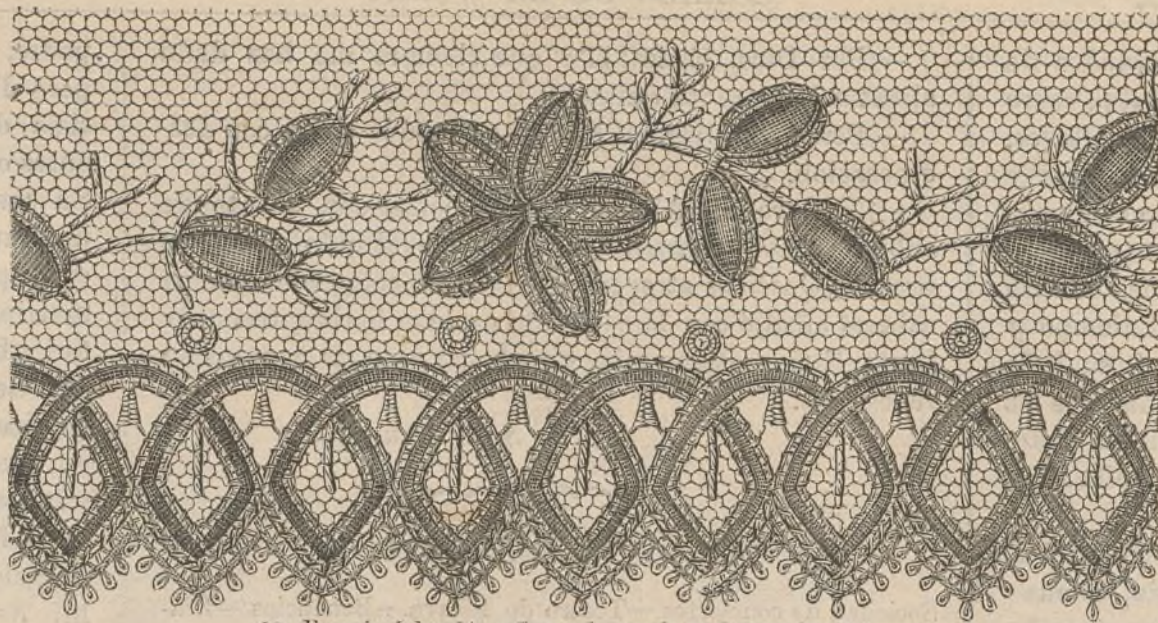
LANGOSTAS, LANGOSTINES Y CANGREJOS DE MAR.

Se cuecen con mucho fuego en agua y sal, y mejor con vino. Ya frios se frotan con aceite para darles color, se les quebrantan las patas, se abren por medio y se presentan frios sobre una servilleta con perejil. La salsa se compone de todo lo contenido en su interior, principalmente la huevera, añadiéndoles mostaza, perejil, rábanos cortados muy menudos y aceite.

CALAMARES Á LA MARSELLERA.

Después de lavados por dentro y limpia la bolsa que contienen, teniendo cuidado de no reventarles el depósito negro que tienen cerca de donde nacen todas sus extremidades, se parten en pedazos, se echan en una cacerola, en la que se habrá frito un poco de cebolla muy picada, un ajo y perejil con aceite bien caliente. Se rehogan bastante, se añade buen caldo de carne ó pescado, se dejan cocer poco á poco durante tres cuartos de hora procurando que les quede poca salsa. Después de bien sazonados se sirven.

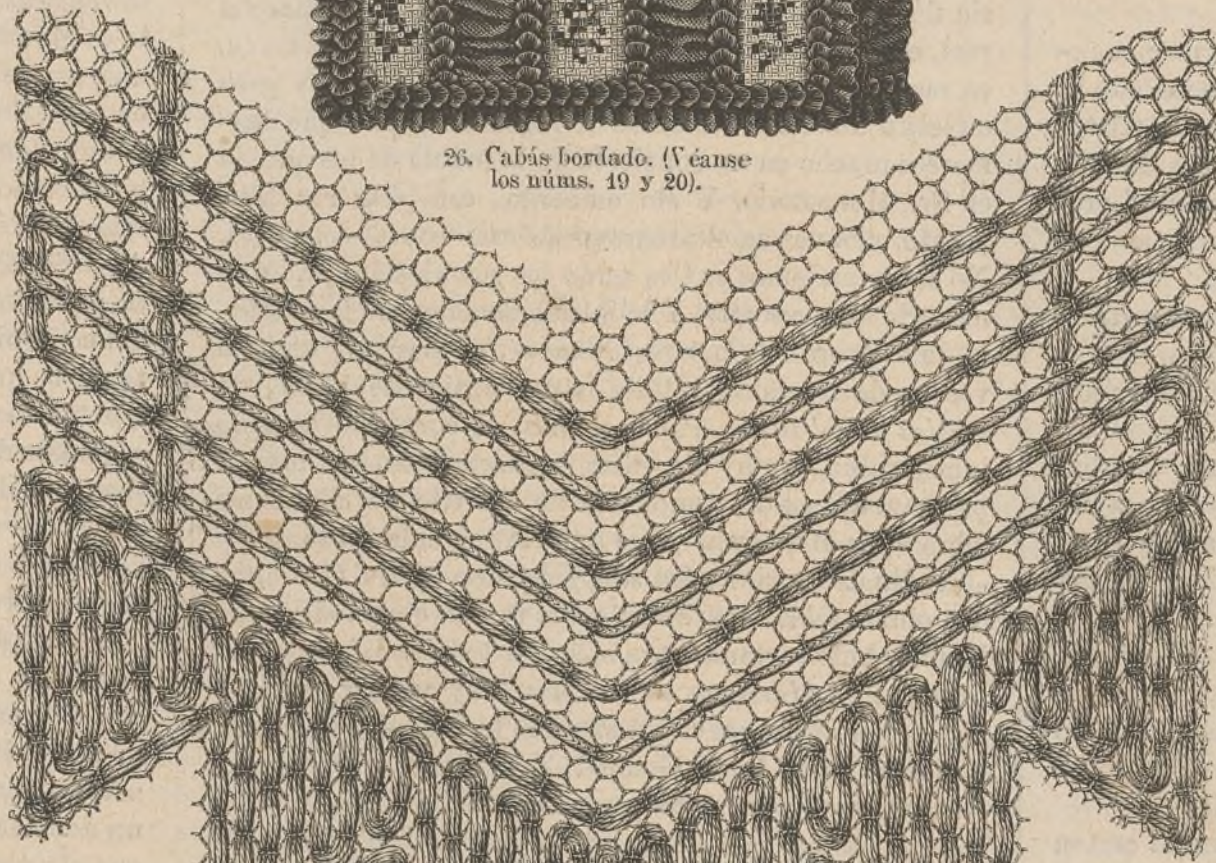
Tenemos una grata noticia que comunicar á nuestras lectoras. La señorita doña Lorinda Gamir y Maladen, tan conocida en la buena sociedad madrileña, donde tan aplaudida es siempre por su magnífica voz y su exquisita escuela de canto, y que con el nombre de María Loranti fué contratada y aplaudida como prima donna en nuestro Teatro Real, ha abierto una academia de solfeo y canto en su casa, calle de Santa Brígida, núm. 31, principal, donde ya concurren varias señoritas. Aconsejamos á nuestras lectoras aficionadas al canto, que aprovechen la ocasión que les ofrece la señorita Gamir. Las que ya lucen sus facultades en los salones donde se rinde culto al arte, pueden en poco tiempo perfeccionarse y adquirir gran desarrollo de voz y buena escuela. Las madres de familia harán bien en poner á sus niñas bajo la dirección de tan hábil profesora, para que las guíe desde sus primeros estudios, en tan bello como difícil arte. La señorita Gamir tiene un sistema tan



22. Encaje islandés sobre tul para la corbata núm. 24.



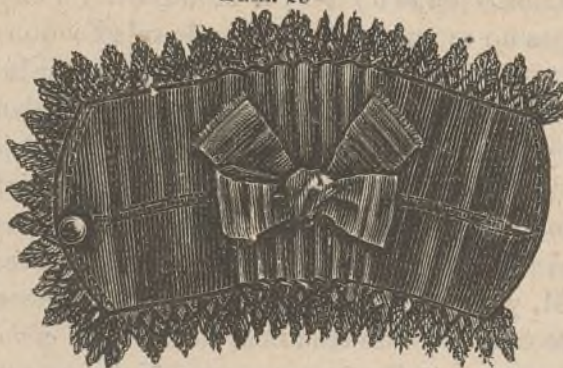
26. Cabás bordado. (Véanse los núms. 19 y 20).



27. Punta de la corbata núm. 29.



28. Corbata de tul (Véanse los núms. 12 y 13).



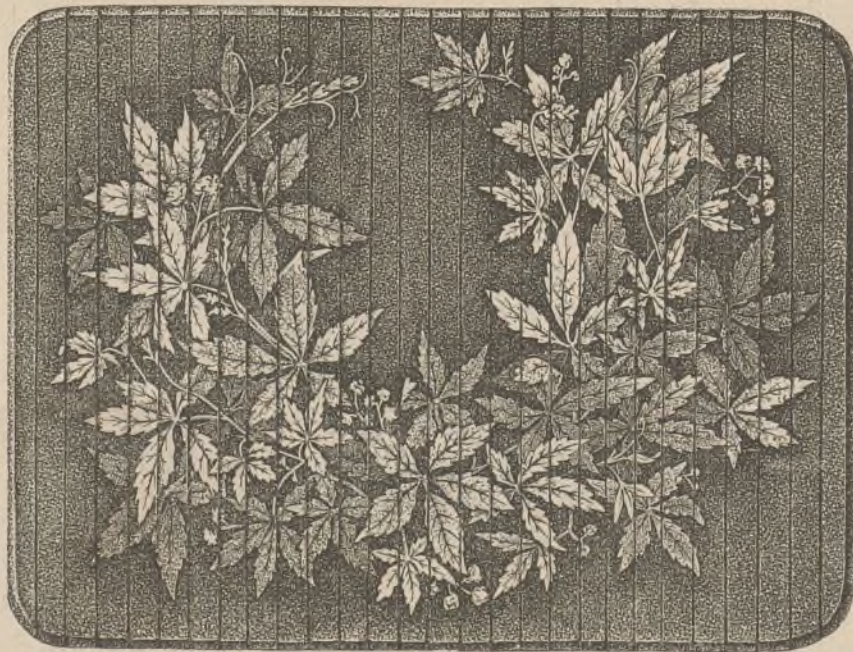
30. Adorno para manga.



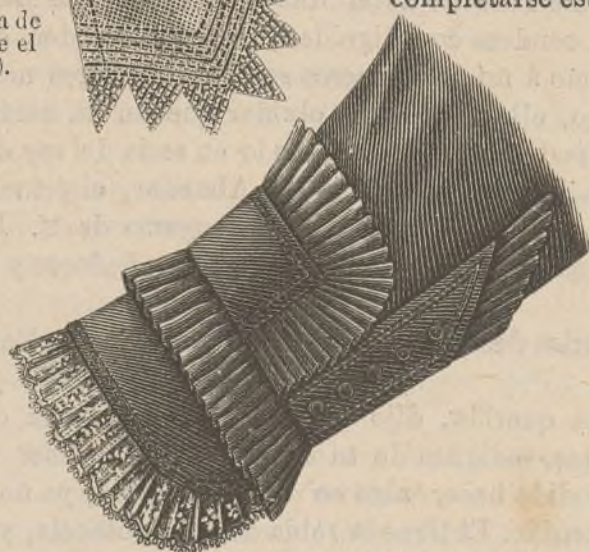
28. Corbata de tul. (Véase el núm. 29).



31. Manga para vestido.



33. Taje para juego. Intera silueta.



32. Manga para vestido.

nuestras explicaciones. Confección de faya adornada y guarnecida con cenefa y franja de marabú. Sombrero de paja adornado con plumas rizadas blancas y doradas, y una rosa encarnada en el costado debajo del ala.

rápido como sólido para la enseñanza del solfeo y también dará algunas lecciones á domicilio.

El infatigable editor de música D. Antonio Romero ha puesto á la venta, en su casa editorial, calle de Preciados, número 1, una lujosa edición para canto y piano y otra para banda militar, del magnífico himno *A la Paz*, dedicado á S. M. el Rey Don Alfonso doce, compuesto por el maestro D. Rafael Hernando, y ejecutado por 300 voces y 50 instrumentos, de los niños acogidos en la casa Hospicio de esta corte, á la entrada en Madrid del régio caudillo al frente del ejército vencedor.

Dicho himno, por su inspiración y espontaneidad, es uno de los mejores que se han escrito desde hace muchos años, y pudiendo ejecutarse con excelente efecto por pocas ó muchas voces ó por instrumentos solos en pequeño ó en gran número, está llamado á popularizarse, lo cual sería muy conveniente para perpetuar el recuerdo del grandioso acontecimiento que lo ha motivado, conservando en la mente de todos los españoles el

amor á la paz. La edición de canto y piano se vende á 12 rs. fijos. La de banda militar á 20 id. id.



24. Cuello y corbata de encaje. (Véase el núm. 23).

Recomendamos vivamente á las señoras directoras de colegios y madres de familia, la excelente Ortografía teórico-práctica, con notas aclaratorias bastante extensas al pie del texto, publicada con extraordinario éxito por D. Antonio María Flores. Se vende á 4 reales en esta Administración, y se sirven los pedidos que á la misma se hagan.

Las señoras que deseen obtener buenas agujas de coser para labores de mano ó bien para las de máquina, pueden dirigirse al establecimiento de D. Jacinto Pascual, sucesor de Bermejo, sita en esta corte, calle de Esparteros, núm. 3, en donde hallarán un gran surtido de todas clases y de las mejores que se fabrican.

Explicación del Figurin 1211.

TRAJES DE PRIMAVERA.

Fig. 1.ª — Traje para señorita. — Falda de faya ó gros-grain azul. El paño de atrás, desde la altura de la rodilla, va bullonado á distancias regulares, describiendo por abajo extensa cola. Túnica de cachemir blanco crema, cerrada atrás con lazos de faya azul y guarnecida todo alrededor con ancho encaje crema. Entredoses de lo mismo, sobre cintas de faya azul, la realzan. Igual adorno de encaje y lazos se repite en las mangas y el escote. Lazo azul en el peinado. Puede completarse este lindo traje con una mantilla de moda.

Fig. 2.ª — Traje para señora. — Vestido rico de faya de dos tonos habana. Los plegados, bullonados, franjas, volantes y lazos en que se

mezclan las dos telas, se comprenderán mejor estudiando el figurin que con nuestras explicaciones. Confección de faya adornada y guarnecida con cenefa y franja de marabú. Sombrero de paja adornado con plumas rizadas blancas y doradas, y una rosa encarnada en el costado debajo del ala.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de F. Estrada C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi

Ayuntamiento de Madrid